

GLOSAS Y COMENTARIOS

PROGRESISMO CRISTIANO Y APOSTOLADO OBRERO

Tal es el título del segundo volumen de la obra intitulada *De l'Actualité Historique*, de Gaston Fessard, editada por Desclée de Brouwer. Sabido es que la tendencia progresista se ha desarrollado sobre todo en Francia y ha nacido del contacto de católicos de buena fe con el desastre moral y religioso en que se encuentra la masa trabajadora y con el comunismo que pretende dirigirla. Fácilmente por el exceso de generosidad se llega a desviaciones prácticas y doctrinales en el apostolado con dicha masa. El Papa Juan XXIII, en su encíclica «Mater et Magistra», sin duda alude a estas desviaciones en la cuarta parte. Los Metropolitanos españoles han puesto en guardia contra algunas manifestaciones de progresismo, y como éste presenta variadas facetas, no es de maravillar que de él broten algunos chispazos aun en España en las reacciones de apóstoles de los trabajadores que con generosidad quieren compartir íntimamente y de alguna manera la vida obrera.

Gaston Fessard ha hecho un estudio profundo del progresismo a base de los textos de sus principales maestros en Francia en este tomo de 520 apretadas páginas. Exponemos a continuación, con frases copiadas casi literalmente, los principales puntos de vista y las maneras de discurrir de los autores progresistas.

«Por encima del stalinismo, el comunismo conserva algo de creador: la idea hegeliana de que el socialismo es una construcción racional que ha de servir a la totalidad de los hombres y que mira a la igualdad de los hombres.

»Así el régimen checo está ligado al desarrollo de un conjunto mundial (cualesquiera sean los crímenes cometidos) cuyo sentido actual es el desarrollo técnico armonioso de una totalidad.»

No se puede dar un juicio más laudatorio sobre la ideología marxista, y eso en una gran revista cristiana que quiere educar y orientar la opinión pública. ¡Como si el desarrollo de la totalidad humana no dependiese de factores más elevados que del técnico!

Los mitos del capitalismo, mal fundamental de la sociedad actual, y del comunismo, el único capaz de ponerle un remedio por una revolución nece-

saria, aparecen claramente para justificar una colaboración estrecha con los comunistas en el combate político.

Se da por supuesto el ateísmo de Marx, pero se reconoce al mismo tiempo todo el humanismo del comunismo. Un autor, comparando la afirmación degradada de la fe en el cristiano infiel con la sinceridad, la rectitud del comunista de buena fe, en su aparente rechazo de Dios, acaba por enervar la fuerza del principio teórico sobre el que se había puesto de acuerdo con el Papado y se prepara para admitir prácticamente la verdad del principio contrario creyendo constatar simplemente la eficacia humana de la corriente histórica. Y este sofisma pasa desapercibido gracias a un llamamiento a la ley de la vida y de la historia.

Un progresista, a través de un análisis que tiene por científico y objetivo como el del médico ante su enfermo, muestra que desde el triple punto de vista sociológico, ideológico y político, la Iglesia está objetivamente atada a estructuras arcaicas en camino de desaparición, tanto que es como una extranjera en nuestro mundo y la gran masa de los fieles está en la Iglesia por razones que no son verdaderamente de la Iglesia. Después de este diagnóstico concluye a la enajenación de la Iglesia. Declara que esta situación no comporta más que un solo remedio de doble efecto: liberación social de la Iglesia y reconquista de la vida religiosa por el cristiano. En efecto, puesto que la enajenación religiosa colectiva es el resultado de fuerzas sociales que han creado las estructuras del mundo feudal y capitalista, no podrá ser reducida sino por las fuerzas sociales que están objetivamente en condiciones de abatir estas estructuras antiguas y reemplazarlas por otras nuevas. Así el cristiano verdaderamente preocupado por el destino de la Iglesia no puede evitar el que haga esta triple constatación:

a) En la situación presente, sólo el proletariado organizado (y sus aliados) se encuentra en estado de luchar, y lucha realmente contra las mismas estructuras feudales y capitalistas que enajenan a la Iglesia.

b) La lucha por la liberación social de la Iglesia se confunde con la lucha presente del proletariado para la liberación humana.

c) El cristiano que quiera realmente destruir la enajenación social de la Iglesia ha de tomar efectivamente parte, en los rangos del proletariado, en el único combate que puede eliminar las estructuras feudales y capitalistas: el combate político, social e ideológico de la clase obrera organizada.

En el curso de esta participación efectiva en la lucha del proletariado organizado, y gracias a ella, el cristiano estará entonces en condiciones de reconquistar para sí mismo y para la Iglesia una vida religiosa auténtica. En efecto, esta lucha obligará a criticar el universo conceptual de la Iglesia, su teología, el cuerpo de su moral, su teología de la familia, de la educación, de la acción católica, de la parroquia, etc., brevemente, todos los comportamientos que actualmente aparecen ser como de la Iglesia, pero que en realidad no son de la Iglesia, sino una supervivencia del pasado, y a reemplazarlos por nuevas conductas concretas, familiares, morales, educativas, etc. Entonces,

liberado por estos cristianos, el Evangelio volverá a encontrar en ellos todo su poder conquistador.

«¿Cómo titubearemos en elegir liberar al Evangelio de sus trabas y preparar la presencia en este mundo que nace de una Iglesia toda entera sensible a la libertad del Evangelio, toda entera apoyada, en sus enseñanzas, en sus métodos, en sus instituciones, sobre el soberano poder de la gracia? No tenemos otra opción: hemos optado por el Evangelio.»

Así, el autor de estas últimas frases, bajo pretexto de remediar una perversión religiosa engendrada por la colusión de la Iglesia visible con el mundo burgués, y de optar por la libertad del Evangelio y una futura Iglesia toda entera apoyada sobre el poder de la gracia, invitaba a su equipo y a los que se daban al apostolado obrero, a renunciar a todo apoyo humano, a considerar como falso todo ideal histórico de cristiandad.

«No hay que temer ir hasta el fin, es decir, hasta registrar como un hecho la unión orgánica del comunismo con el conjunto del mundo obrero. En efecto, sólo el comunismo se ha mostrado capaz de descubrirle, en alguna manera científicamente, las causas de la opresión que pesa sobre él; luego, de organizarlo para una acción cuyo éxito lejano cuenta más que los resultados parciales inmediatos; y, en fin, de ofrecerle una concepción de la vida y del mundo adaptada a su manera de pensar y a su condición. Pues, como lo han dicho y repetido con una gran penetración filósofos católicos, el marxismo es la filosofía inmanente del proletariado.»

«Es verdad; si esta filosofía suscita en el alma obrera una actitud científica y objetiva y da a los proletarios la conciencia de su dignidad de hombre arrastrándoles a una acción destinada a transformar el mundo, tiene también como primer resultado liberarlos de todos los modos de pensamiento idealista, y aun de toda religiosidad natural, dejándoles una sola salida: ser ateo. Por doloroso que sea este hecho para un corazón cristiano, negarlo no puede conducir a nada, pues no solamente iría en contra de la causa del combate obrero, sino aun contra la causa de la evangelización de las masas. El apóstol se ha de apoyar sobre un análisis riguroso de la realidad social y de sus leyes bajo pena de pasar completamente al margen de las condiciones reales que le son impuestas por los hechos.»

«Ahora bien, los obreros y la Iglesia no pertenecen al mismo mundo... La Iglesia está fuera de la fraternidad obrera y nadie se preocupa por saber ni lo que ella representa ni para qué puede servir. La fe que anuncia a los hombres se esfuma sobre la conciencia de su impotencia y de su miseria. Pero justamente el marxismo les libera de esta conciencia y les llena de una fuerza, de una plenitud, de una seguridad, de una certeza de victoria que aniquilan progresivamente la necesidad de esperar de otro lo que saben que en adelante son capaces de obtener por sí mismos. Así la Salvación cristiana ya no puede presentarse a ellos como una liberación humana, sino únicamente bajo la figura de la libertad más alta, la libertad del hombre esclarecido y nutrido por Dios. Y, verosímilmente, la clase obrera no se hará sensible a este as-

pecto, sino después que ella misma, por sus propios medios, guiada por la filosofía immanente que lleva consigo, habrá conquistado la humanidad.»

«Entretanto, para salvaguardar la posibilidad de una irradiación futura del Evangelio, el apóstol se ha de resignar, aunque sufra por ello, a mantener en su corazón el Evangelio cautivo, es decir, prácticamente callarse, renunciar aun a la intención de convertir, y no buscar ningún resultado apostólico inmediato que podría confirmar, en el espíritu de los militantes conscientes del movimiento obrero, la objeción demasiado común de que la religión no puede existir sino en conciencias enajenadas. Toda otra actitud mostraría que después de haber aceptado las guerras sangrientas entre naciones, se niega a reconocer la legitimidad de las luchas pacíficas de la clase obrera para la defensa de sus intereses humanos, de la fraternidad, de la justicia, y admitir que la población obrera constituye un mundo aparte, pleno, sólido, en que germina una civilización enteramente nueva, tan original, tan digna de respeto, como, por ejemplo, la de los pueblos de Extremo Oriente. Oponer así al comunismo declarado o latente de la clase obrera un rechazo brutal, sectario, sin matices, equivaldría a negar la evidencia, negarse a ver el mundo obrero tal como es, y a pesar de las mejores intenciones, reforzar la opresión de un régimen que ha creado el proletariado y que tiene una necesidad absoluta, para sobrevivir, de que la población trabajadora se quede sin una filosofía y sin cultura propia, en un estado de semi-sujeción.»

«El único apostolado que el cristiano puede ejercer en el mundo de hoy es el del testimonio, tomando parte en la lucha del proletariado. Pero también aquí un peligro le amenaza. Si el ateísmo de la clase obrera le prohíbe demostrar la religión por su eficacia social y política, no puede tampoco invocarla para justificar su participación en esta lucha, pues eso equivaldría nuevamente a comprometer su fe. Por tanto, no le queda otra cosa sino el comprometerse en la arena política, de la manera misma que sugiere la realidad proletaria, es decir, por las razones objetivas puestas al día por esta ciencia de la sociedad que es el marxismo. Así probará que la fe no impide al creyente participar en la lucha obrera, al mismo tiempo que someterá su fe a una purificación que le desembarazará de todas las posiciones temporales que, en el pasado, se le añadieron.

»La grandeza humana y la misión histórica del comunismo más bien nos han de hacer redescubrir la grandeza propia del cristianismo y la razón de ser de la fe.

»En cuanto a permanecer indefectiblemente fiel a la Iglesia, es una cuestión que el apóstol no acertará ni a plantearse si otros más tímidos no le preguntan sobre este respecto. A decir verdad, en efecto, la infidelidad a la Iglesia amenaza más a los que viven en el mundo burgués y están pegados a las estructuras políticas y sociales que la Iglesia parece proteger contra el comunismo que los que, seguros de su fe y seguros de su Iglesia, han tomado el partido de estar lealmente no con el pasado, sino con los que tienen en sus manos el porvenir. Pues el mundo burgués tiende a mantenerlos en una fidelidad formal a la Iglesia —práctica del culto y dinero del culto— que cons-

tituye quizás el negocio del clero, pero ¿es también el negocio del Espíritu Santo?»

Se interpretado mal la frase del Cardenal Feltin, en septiembre de 1953:

«Para ejercer sobre el mundo obrero una influencia, hay que estar naturalizado, reconocido como miembro de este mundo.» El ideal del apóstol obrero es entonces únicamente «ser obrero como los obreros, como Cristo ha sido hombre entre los hombres, unir su destino a su destino, su vida a su vida, ser uno de ellos que espera más allá de sus esperanzas...». La expresión «naturalización en la clase obrera» deja creer que ésta posee una unidad y una cohesión análogas a las de una nación. Por situarse esta vez en el plano simplemente natural, este peligro no es menos grave, pues viene a reforzar el equívoco precedente... Si se pretende además «desposarse con la clase obrera» como Cristo se ha desposado con la naturaleza humana, nada se habría ganado con ello.

Este sentimiento inclina a estos apóstoles a instaurar una crítica despiadada del medio y de la vida que han conocido antes y, correlativamente, a engrandecer los valores y virtudes de las masas trabajadoras en que ahora están sumergidos: por un lado, con el dinero y la propiedad, el conformismo, la mezquindad, el egoísmo individual o familiar, los cortos puntos de vista y los temores ante el futuro; por el otro, con la pobreza y la inseguridad, la franqueza brutal, el desapego, el sentido de la solidaridad y de la fraternidad, las aspiraciones elevadas y la confianza en el porvenir humano. Y, como constatan que la Iglesia no existe sino en el mundo de donde vienen y queda extraña al mundo en que han entrado, sienten vivamente la necesidad de insolidarizarse con la civilización llamada cristiana, culpable de haber perdido a estas masas trabajadoras.

Tanto más cuanto éstas les parecen prestas a recibir un cristianismo viviente y aspirar inconscientemente a estas virtudes de Fe, Esperanza y de Caridad que son su alma. Brevemente se podría resumir lo esencial de su descubrimiento con esta palabra: «La clase obrera es a la vez la más alejada de la práctica del catolicismo y la más cercana al espíritu evangélico.»

Una vez superadas las primeras dificultades de la adaptación a su vida de trabajo y a su medio nuevo, los sacerdotes obreros constatan que los cuidados materiales, el de la admisión y del salario, tienen el primer lugar para ellos como para sus camaradas. Lucha por la existencia, el nivel de vida, las posibilidades de cultura y de diversiones, en lo que todos los trabajadores de una empresa son solidarios para obtener más justicia y más bienestar. Pero como la misma empresa depende de fluctuaciones del mundo económico, esta solidaridad se extiende más allá de estos lazos inmediatamente perceptibles. Más aún; puesto que la vida económica del país está en relación estrecha con la política interior y exterior que lleva el gobierno, es fatal que el obrero que combate por su pan cotidiano se inquiete también por la orientación de este gobierno y procure influenciarlo en el sentido de sus intereses, Aislado, ¿cómo lo podría cuando la política de cada Estado está ella misma atada a la de todos los otros?

Antes de buscar la respuesta a todas estas cuestiones, el sacerdote obrero entra en un sindicato, a fin de escapar a su aislamiento gracias a este organismo de defensa profesional. La mayor parte del tiempo, éste será la C. G. T. Y quizás, aunque esta adhesión haya sido un problema para él, no ha habido elección para él. Pues es nuevo llegado a un medio donde las posiciones ya están tomadas hace tiempo. En todo caso, en el seno de estos sindicatos para la mayor parte de los sacerdotes obreros va a precisarse su conocimiento del comunismo, que ya les rodea con su influencia difusa sobre las masas trabajadoras. Allí se encuentran con los militantes del partido, que les acogen con simpatía y se encargan de aportarles una respuesta a sus cuestiones referentes a la solidaridad de todos los trabajadores.

Nada de extraño que en estas condiciones adopten a su vez el esquema marxista de la «lucha de clases». Adopción que resulta no de una elección reflexiva, sino de una penetración lenta, inconsciente y que el vocabulario corriente basta para imponer, por así decir, sin réplica posible. Pues ¿qué hecho más innegable que la oposición a veces sorda, a veces violenta, que reina entre asalariados y patronos? El marxismo, a decir verdad, no comienza sino por la definición de esta oposición como «lucha» de dos clases irreductibles, erigida en principio universal que explica el acontecer social y permite obrar sobre él. Mas puesto que los sindicatos de su empresa son asalariados, semejantes por su modo de vida y sus intereses a los de las otras empresas, ¿por qué el sacerdote obrero se negará a decir que forman una «clase», «la clase obrera»? ¿Dónde encontrar una mejor palabra para designar esta solidaridad de las masas trabajadoras, virtud que prelude una fraternidad cristiana? Por otra parte, es igualmente un hecho del que llegarán a tener conciencia gracias a la guía de los dirigentes de su sindicato: en todas las cuestiones vitales en que los asalariados luchan por su existencia, chocan no sólo con tal director de fábrica, con tal patrono, sino con un poder que desborda tanto a este individuo como la clase obrera al simple trabajador: patronato familiar, sociedad anónima, trust o banca, poco importa. Lo esencial es que este poder disponga del dinero, del capital que hace valer el trabajo de los asalariados, pero que también les paga y por eso los mantiene bajo su dependencia. Este adversario del bienestar y de la libertad de la clase obrera, ¿cómo llamarlo, sino el capitalismo, «la clase capitalista»?

En la base, en apariencia inocente, de este vocabulario que impone el medio a quien quiere comprenderle y ser comprendido de él, los militantes del sindicato educan poco a poco al sacerdote obrero, enseñándole a propósito de los hechos cotidianos, pequeños y grandes, a analizar objetivamente, científicamente, la realidad social según el método de Marx. Sin que la mayor parte tengan conocimiento previo de la ideología marxista ni de los datos económicos, sin información independiente sobre la situación política ni sobre los procedimientos del Partido, por añadidura en ninguna manera entrenados en las ruedas de la dialéctica, ¿cómo los sacerdotes obreros podrían defenderse contra las afirmaciones masivas y los sofismas insidiosos de la propaganda comunista?

Por lo demás, para meter tal convicción en el espíritu del sacerdote obrero, saben los dirigentes marxistas que más eficaz que todos los argumentos teóricos es la participación en la lucha concreta de la clase obrera. Ante el sacerdote obrero que a ellos llega se declaran absolutamente contra el menor atentado dirigido a sus convicciones religiosas, el a b c de Lenin en la lucha contra la religión, pero no dejan de comprometerle sin cesar de manera concreta en el terreno de la lucha de clases realmente en marcha y que educa a las masas mejor que nada, pues saben que mejor que toda predicación ideológica abstracta, la práctica concreta del movimiento de clase mira a hacer desaparecer las raíces sociales de la religión.

Para muchos sacerdotes obreros, el descubrimiento de la injusticia global es una revelación comparable a la que tuvo el P. Dillard ante la observación que le hizo Mons. Seipel en 1931: «Modo capitalístico vivit Ecclesia.» «Vivimos como capitalistas; a pesar de nosotros, sin saberlo, pensamos como capitalistas.» Teniendo pronto conciencia de que, por su sola pertenencia al mundo clerical, él mismo ha sido hasta ahora uno de estos beneficiarios inconscientes de la opresión capitalista, el sacerdote obrero debía, como reacción, encabritarse más enérgicamente contra ella, así que la encontrase bajo forma de estos abusos de poder o de estas ilegalidades que tienden a perpetuarse, si no a extenderla. Por su conciencia frescamente despertada a un tal sentimiento, estas injusticias se hacían todavía más intolerables que para la piel curtida de sus camaradas, acostumbrados desde la infancia a soportar la miseria de su existencia.

Si se desencadena una huelga para obtener condiciones de trabajo menos criminales, o una justa elevación de salario, o simplemente la reparación de una injusticia sufrida por un compañero de trabajo, ¿cómo abstenerse de participar en ella? Su amor de la justicia le prohibía quedar pasivo. Más aún, ¿no debe, por su carácter sacerdotal que le libera de los compromisos y preocupaciones familiares, estar en las primeras filas del combate y correr más riesgos que otro cualquiera? Si intentase sustraerse a ello, faltaría entonces contra la caridad y la justicia. Y, después de su negativa, ¿qué valor conservaría cerca de sus camaradas el testimonio que quería rendir a Cristo? ¿Qué sentido tendría la misión que ha venido a realizar cerca de los pobres y de los oprimidos?

Por legítimo que sea un tal combate cuando la justicia queda comprometida, ello hacía entrar a los sacerdotes obreros por una pendiente resbaladiza, pues por la fuerza de una solidaridad que se va extendiendo sin límites, iban a encontrarse arrastrados a participar en movimientos y acciones reivindicativas de carácter político más todavía que económico. Decían: «Hemos aprendido que la política es para el obrero la defensa misma de su pan, de su piel y de su porvenir; y que, en consecuencia, hemos de hacer la política de la clase obrera, bajo pena de no ser ya más un obrero honrado.»

Parece que con estos párrafos entresacados de la obra de Gaston Fessard se da a conocer lo esencial de las tendencias progresistas cristianas. El autor ampliamente descubre la génesis y los equívocos. Nos hace ver las raíces le-

janas de estas desviaciones doctrinales en algunas obras de Maritain, Chenu y Nicolás, aunque a lo mejor estos autores se negarían a reconocer como suyas las consecuencias que han sacado los progresistas. El autor trata a estos y a otros autores con deferencia. Las citas de las revistas progresistas son abundantes: *Esprit*, *Jeunesse de l'Église*, *La quinzaine*. Entre los inspiradores inmediatos se cuenta el P. Montuclard.

En resumen, la ilusión ha consistido en creer que se podría bautizar el marxismo y reconciliarlo con el cristianismo, como lo hizo Santo Tomás de Aquino en su tiempo con Aristóteles. Decía en 1953 al Cardenal Salièges en una conferencia a sus sacerdotes sobre la Iglesia y el movimiento obrero: «Todo pasa como si hubiese una acción orquestada por cierta prensa más o menos periódica, por ciertas reuniones más o menos secretas, que tienden a preparar en el seno del catolicismo un movimiento de acogida del comunismo. Existen los conductores que saben; existen los seguidores que son inconscientes y que marchan.»

En otro número trazaremos, según el mismo autor, el esbozo de la recta actitud apostólica en ambiente obrero. En este camino le van a servir sobre todo de guía el benemérito P. Loew, O. P., también obrero, pero que penetró las desviaciones surgidas en este apostolado, en su interesante obra *Journal d'une Mission ouvrière* y la militante obrera cristiana M. Delbrel en su obra *Ville marxiste Terre de Mission*.

C. MAS